



CON AZORÍN ANTE EL PAISAJE

Alan Hoyle

UNIVERSIDAD DE MANCHESTER

Aunque hay una creciente tendencia a rechazar el concepto del 98 como invento mistificador primero de Azorín y luego de Laín Entralgo, y a verlo como parte de una crisis general producida por el conflicto entre tradición y modernidad en la época de la Restauración, enfoque que quita relevancia tanto al año de 1898 como a la distinción entre noventayochistas y modernistas, me complace que haya varios que insisten en las diferencias y en el año del Desastre como hito histórico insoslayable.¹ Para mí tuvo razón Azorín al decir que su generación ama el paisaje y que, aunque continúa el movimiento ideológico de la generación anterior, «la curiosidad intelectual por el extranjero y el espectáculo del desastre [...] han puesto en ella una variante que antes no había en España».² A estas alturas podemos añadir un poco más: la aportación distintiva del 98 es la de haber hecho un paisajismo romántico tardío y por eso peculiar, ante un paisaje tan distinto como es el de Castilla, para explorar una crisis de identidad nacional agudizada hasta el máximo por el desastre, entreverándola con una crisis filosófica individual, estimuladas ambas crisis por influencias y criterios extranjeros. Pues España era diferente, subdesarrollada en comparación con el mundo anglosajón, y carente de la cohesión socio-política que pudiera haber permitido a los intelectuales como Azorín absorber mejor el fuerte impacto de Nietzsche y Schopenhauer que les hizo tambalear entre la acción voluntariosa y la contemplación abúlica. En una época de nacionalismos en expansión y en competencia la idea de carácter nacional que elaboró el 98 reflejó una conciencia de la nación como problema, como demasiado enferma y débil para sobrevivir en la lucha internacional, hecho cruelmente demostrado por la desastrosa derrota del león español ante el cerdo yanqui. Pero, ¿fue un mito? ¿Hasta qué punto es correcto decir que la realidad española descrita por Azorín y el 98 resultó distorsionada por una visión subjetiva y literaria?

Es bien conocida la crítica tajante que hace Blanco Aguinaga especialmente

¹ El concepto es rechazado por Javier Blasco, «Pero... '¿Todavía el 98!'», *Insula*, núm. 613 (1998), págs. 3-6; y usado por Manuel Alvar, «Del modernismo a la generación del 98», en *Historia de España Menéndez Pidal*, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid: Espasa Calpe, 1994, t. XXXIX, págs. 45-106; y por Sebastian Balfour, *The End of the Spanish Empire 1898-1923*, Oxford: Clarendon, 1997.

² Azorín, *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1975, t. I, pág. 1135.

de Azorín, cuya escritura y paisajismo considera simplemente como modos de evasión de la realidad histórica, o sea la creciente lucha de clases.³ Abellán, aunque más comprensivo, también apunta al problema cuando define el espíritu del 98 como «un esteticismo cargado de ideología y, por ello, poco científico».⁴ Hace poco en un sorprendente y espléndido discurso de ingreso a la Real Academia, Vargas Llosa, poniendo por uno de sus ejemplos *La ruta de don Quijote* (1905), ha ensalzado a Azorín como gran estilista, por su capacidad de transformar la realidad histórica en cautivante ficción.⁵ Esta misma línea de quitar importancia a lo que dice Azorín sobre la realidad de España y al mismo tiempo valorar su arte de escritor fue seguida anteriormente por Ramsden en su magnífica edición de *La ruta*. Ramsden critica el subjetivismo del pensamiento de Azorín basado en un burdo determinismo que ve a Don Quijote y al pueblo español como productos de una raza formada por el medio.⁶ En libro posterior Ramsden aclara como influencia decisiva sobre Azorín el sistema determinista del historiador francés Hippolyte Taine.⁷ Pero lo que Ramsden deja sin aclarar es el preciso papel que desempeñó Taine en el estudio del concepto de carácter nacional y la clase de procedimientos que elaboró. Se sabe que según Taine la psicología de una nación está formada por tres factores: raza, momento y medio. Pero lo más crucial es que Taine dijo que la investigación científica de los datos históricos y sociológicos no bastaba para captar esa psicología, esa alma o esencia nacional, y por eso el historiador tenía que recurrir a procedimientos más subjetivos e intuitivos, es decir la lectura de la literatura más característica de una nación y la contemplación impresionista de su paisaje. Taine admitió que el estudio de los caracteres nacionales no podía ser una ciencia exacta; tenía que haber mucha intuición.⁸ Por lo tanto, cuando Azorín hace investigación histórica en las *Relaciones topográficas*, observa la realidad objetiva social y agraria de La Mancha, y luego procede a escribir sus impresiones del paisaje sobre el cual proyecta la figura imaginada de don Quijote, no está faltando a un método determinista supuestamente objetivo (como afirma Ramsden), sino que está haciendo precisamente lo que aconsejaba Taine.

Veamos ahora un ejemplo detallado de cómo Azorín trata el paisaje. Viene

³ Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, Barcelona: Crítica, 1978 (2ª), págs. 272-81.

⁴ José L. Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid: Espasa Calpe, 1989, t. V (II), pág. 169.

⁵ Mario Vargas Llosa, *Las discretas ficciones de Azorín*, Madrid: RAE, 1996.

⁶ Azorín, *La ruta de Don Quijote*, ed. H. Ramsden, Manchester: University Press, 1966.

⁷ Herbert Ramsden, *The 1898 Movement in Spain*, Manchester: University Press, 1974, especialmente págs. 42-67, 147, 151-52, 161-62, 181-82, 204-08. Gayana Jurkevich ve a Giner de los Ríos como precursor también influido por Taine, «Defining Castile in Literature and Art: *Institucionismo*, the Generation of '98, and the Origins of Modern Spanish Landscape», *Revista Hispánica Moderna*, XLVII (1994), pág. 57. Pero recuérdese que Azorín cita como gran influencia el *Viaje a España* de Gautier (*op. cit.*, t. I, pág. 1133).

⁸ Vid. Hippolyte Taine, *La Fontaine et ses fables*, París: Hachette, [1860], págs. 7-8; e *Histoire de la littérature anglaise*, París: Hachette, 1877 (4ª), t. I, pág. XXXII.

de uno de los episodios más interesantes de *La ruta*, el Capítulo X («La cueva de Montesinos»). Después de atravesar la ancha llanura desde Puerto Lápice hasta Ruidera, un largo viaje de 28 horas en carro, Azorín se dirige hacia la legendaria cueva por un terreno más montañoso. Siente exasperación ante el paisaje abrumador y al final del capítulo sentirá una exasperación aún más crítica ante la absurda hazaña del héroe manchego. Pero no todo es exasperación de crítico. Hay otras dos reacciones: casi al final una sensación de doloroso pesimismo, y antes una sensación más optimista de fascinación por lo castizo y patriótico, la cual está reflejada en un tono más admirativo hacia la fuerza pintoresca del paisaje: «Es, sí, un paisaje de lomas [...] y las carrascas [...] destacan rotundas, enérgicas, en el añil intenso».⁹ Después de más laborioso caminar, estas impresiones pintorescas del paisaje se convierten en conceptos, conceptos análogos a la grandeza del pasado imperial: «Hay en esta campiña bravía, salvaje, nunca rota, una fuerza, una hosquedad, una dureza, una autoridad indómita, que nos hace pensar en los conquistadores [...]» (127). Nótese esa frase sencilla y precisa «nos hace pensar en»; define un proceso en que el sujeto pensante asocia dos realidades objetivas, la geográfica y la histórica, uniendo un conocimiento lógico de causa a una visión metafórica y metonímica, para crear una analogía espacio-temporal que supone, aunque no demuestra, una relación lógica de causa-efecto. La imprecisión de la analogía permite no decidir cuál es causa y cuál es efecto; más sutilmente permite pensar que el medio determina la acción histórica, tanto como la historia determina la apariencia geográfica, en una interrelación compleja.

A continuación, la actitud ante el paisaje se pone más romántica, en el sentido de emoción personal, de goce experimentado por el poeta-observador al descubrir el «encanto inefable» (127) de una cañada y su fuente escondida, haciendo contraste con la austeridad del contorno, en la que vuelve a empapar (también gozosamente) sus ojos. Aunque este deleite es sentido por el individuo, el contexto de todo el párrafo en que se encuentra lo relaciona con la fascinación por la patria. Hasta aquí hemos visto tres dimensiones del paisaje: objetivo, subjetivo e histórico, con dos actitudes distintas, fascinación y exasperación. Ahora pasamos a una dimensión literaria, en la que Azorín se identifica imaginativamente con la empresa del héroe que «va a deslizarse por la honda sima» (128). Pero junto a la fascinación de descubrir lo que hay en la cueva, surge una implícita disociación con respecto a lo imaginado por don Quijote conforme Azorín va describiendo los detalles del interior en un creciente ritmo retórico que expresa una reacción emotiva y conceptual: «Y en el fondo, abajo en los límites del anchuroso ámbito, entre unas quebras rasgadas, aparece un agua callada, un agua negra [...]» y resume: «aquí en estas aguas torvas, condenadas, está toda la sugestión, toda la poesía inquietadora de esta cueva de Montesinos...»

⁹ Azorín, *La ruta de Don Quijote*, ed. J. M. Martínez Cachero, Madrid: Cátedra, 1984, pág. 126. Las referencias en el texto se remiten a esta edición.

(129-30). De hecho el estilo de la prosa ayuda a crear esa poesía sugerente e inquietadora, «poesía» por su múltiple significación, e «inquietadora» porque rompe el tono de idealismo patriótico mediante esas aguas «torvas» y «condenadas», sugiriendo la idea de gente condenada también. Y la sugestión se convierte en explícita negación de la imaginación quijotesca cuando Azorín emerge para presenciar (o confeccionar) un paisaje súbite y oportunamente lluvioso (con romántica *pathetic fallacy* y simbólico *paysage d'âme*) que desemboca en una nota negativa culminante: «Cuando nosotros hemos salido a la luz del día, hemos respirado ampliamente. El cielo se había entoldado con nubajes plomizos; corría un viento furioso [...]; invade el espíritu una sensación de estupor, de anodamiento, de *no ser*» (130). Aunque esta sensación de *no-ser* forma parte del replanteamiento crítico del concepto de patria (evocando quizás la leyenda negra de una España inquisitorial y desengañada), se trata de una reacción emocional ante el paisaje que, destacada en su propio párrafo, cobra un sentido más autónomo de filosofía personal, es decir, trágica, incluso nihilista. Pero al final predomina una postura más positiva de exasperación crítica. Crítica, sí, pero tan sutilmente envuelta en indirectas y con un giro tan sorprendente, dado el contexto, que ha pasado inadvertida por los varios comentaristas. Primero Azorín cita lo que dice don Quijote para defender su fantasía y luego esboza otra dirección que debería tomar la actividad quijotesca:

El buen caballero había visto dentro de ella prados amenos y palacios maravillosos. Hoy don Quijote redivivo no bajaría a esta cueva; bajaría a otras mansiones subterráneas más hondas y temibles. Y en ellas, ante lo que allí viera, tal vez sentiría la sorpresa, el espanto y la indignación que sintió en la noche de los batanes, o en la aventura de los molinos, o ante los felones mercaderes que ponían en tela de juicio la realidad de su princesa. Porque el gran idealista no vería negada a Dulcinea; pero vería negada la eterna justicia y el eterno amor de los hombres (pág. 130).

Aunque Azorín concluye que «estas dolorosas remembranzas es la lección que sacamos de la cueva de Montesinos», no se trata principalmente ya (ni todavía) de un *dolorido sentir* ante la muerte, sino de un grito (en sordina) de protesta contra las injusticias sociales. Para muchos la claridad de este llamamiento quedará oscurecida por la idea tan arraigada que se tiene de un Azorín conservador y escéptico, y por el contexto inmediato del paisaje manchego tan vinculado con el *Quijote* y el casticismo de Castilla. Pero vamos al grano: ¿qué significa la frase «otras mansiones subterráneas más hondas y temibles»? La altisonante imprecisión de esta imagen, junto con el uso de los adjetivos «eterna» y «eterno», conducen a malentender el objeto de la indignación como si esas mansiones fueran algo así como las cavernas del Infierno, o las mazmorras de la Inquisición, o, teniendo en cuenta el contexto actualizado por los términos «Hoy» y «redivivo», quizás se refiere a las cárceles modernas. Pero «más hondas» que esta cueva no suelen, ni solían, ser. No, esa metáfora de «mansiones subterráneas» revela su sentido preciso y desentonador, ayudado por un doble procedimiento metoními-

co: no muy lejos en la misma provincia de Ciudad Real estaban las minas de Puertollano, y aun más cerca estaba la realidad geográfica de la misma cueva de Montesinos. Pues, aunque no lo indican ni el texto ni las ediciones, parece que esta cueva había sido primitivamente una excavación minera, tal vez una mina de cobre romana, según una fuente que Azorín seguramente utilizara.¹⁰ Y por si no se quedara del todo claro, podríamos recordar el contexto contemporáneo caracterizado por el debate regeneracionista, ejemplo de lo cual encontramos en boca de Yuste, personaje azoriniano de 1902: «[...] es irónico, de una ironía tremenda, entretenerse en discutir la solución de este que llaman *problema*, mientras el obrero se extenua en las minas y en las fábricas».¹¹ Así que, por una pintoresca y subjetiva asociación de ideas, la famosa cueva, de leyenda literaria y símbolo nacional pasa a ser tumba metafórica de todo individuo y termina siendo *sinécdoque metonímica*, minera, de la cuestión social. La realidad geográfica literal adquiere así tres dimensiones figuradas. La lección que con Azorín sacamos de la cueva es, en consecuencia, triple. Por un lado se muestra la fascinación por la tradición nacional castiza. Por otro surge la exasperación del crítico ante esa tradición que, fantaseando en lo espiritual, olvida la realidad material. Y debajo de ambos lados, situado en medio y minándolos (¡valga la palabra!), está el pesimismo del intelectual escéptico que ve al fondo de la cueva y, en el fondo de todo, la realidad de la muerte, la cual ensombrece el triunfalismo patriótico y quita fuerzas al entusiasmo reformista. Lo que no han visto muy bien los estudiosos es que son precisamente estos tres enfoques los que dominan la estructura global del libro, cuya fuerza artística brota de la tensión y el conflicto entre ellos –patriotismo, pesimismo, y problemas del país.

Sin embargo, es el enfoque crítico, reformista, regeneracionista, el que Azorín hace prevalecer al final de este episodio de la cueva, tal como ocurrirá en el último capítulo XV, en la que se fustiga con una exasperación mucho más marcada la llamada «exaltación española» (154). Esta exaltación, según precisa Azorín, es «la fantasía loca, irrazonada e impetuosa que rompe de pronto la inacción para caer otra vez estérilmente en el marasmo» (157-58), y se define

¹⁰ Sobre el origen de la cueva véanse los siguientes testimonios: «‘Surely there are lots of gold and diamonds there’, they said; and thus, involuntarily testified to the persistence of traditions, for it is more than probable that the Cave of Montesinos is but an old Roman copper-mine. The wierdness of its surroundings is unimaginable» (August F. Jaccaci, *On the Trail of Don Quixote*, Nueva York: Scribner, 1896, pág. 82); «The *Cueva de Montesinos* [...] itself is about 40 yards wide and 60 deep, and it is used as a refuge in storms by hunters and shepherds. The entrance is blocked up with underwood. As in the Don’s time, it is the haunt of bats and birds, who have deposited a bed of *guano* nearly a foot thick. The cave probably was part of an ancient mine, as a labyrinth of shafts have been traced, and heaps of metallic rubbish, *escoriales*, found. There is a lake at the bottom» (Richard Ford, *A Handbook for Travellers in Spain*, 3ª ed. revisada, Londres: Murray, 1855, t. I, pág. 243). En la pág. siguiente hay un comentario de Cardano sobre los molinos que Ramsden cita para señalar que Azorín conocía el libro de Ford (*op. cit.*, págs. 88-89).

¹¹ En el cap. V de la Primera Parte de *La voluntad*, Madrid: Castalia, 1968, pág. 82.

como rasgo característico de la historia nacional, producto o productor (según sea cuestión de lógica o analogía) de esa falta de cohesión nacional, entre Don Quijote y Sancho Panza, entre dirigentes y dirigidos, entre cabeza y cuerpo, entre inteligencia y voluntad.¹² La posibilidad de remediar este fallo en el carácter nacional (o fallo que caracteriza la nación, lo mismo da) se supone que era bastante remota, alejada no sólo por ese pesimismo trágico que Azorín sentía en sí mismo y en la psicología colectiva, sino también por los insuperables obstáculos que planteaban el crónico subdesarrollo del país y la aridez de su geografía. Por eso Azorín trató de ofrecer una conclusión más leve y optimista al añadir en la primera edición en libro ese delicioso epílogo titulado «Pequeña guía», en el que se retrata a un típico experto inglés, el Doctor Dekker, quien, lleno de buen humor y buen sentido, reuniendo idealismo y pragmatismo, recorre Madrid registrando logros y defectos, lo mejor de lo castizo («*The best in the world!*») y lo peor («*The time they lose in Spain*»). Con este excéntrico y eficiente súbdito de la nación que era aún en aquella época la más desarrollada del mundo, Azorín da un ejemplo de quijotismo práctico y fructífero como contrapartida del quijotismo que se encierra en las cuevas de la fantasía. Quizás en la edición en libro Azorín quiso paliar con buen humor la dureza de su crítica, escarmentado por el despido de su puesto de cronista para *El Imparcial* que le había valido su reportaje sobre la crisis del campo andaluz en el verano inmediatamente después del viaje a La Mancha.¹³ También, quizá, al referirse humorísticamente al ejemplo inglés Azorín se daba cuenta de lo poco factible que era ese modelo para España que, a diferencia de Inglaterra, no tenía una burguesía ni una clase intelectual con peso y pujanza suficientes para formar un amplio centro político que contrarrestara la desastrosa y creciente polarización entre los dos extremos, por un lado el reaccionarismo patriótico y por otro el radicalismo social. O sea, los tres enfoques que hemos visto sintetizados tan sugerentemente en el episodio de la cueva.

El desarrollo de un sólido centro democrático burgués en la España del cambio ha sido facilitado por el tremendo desarrollo tecnológico del campo, con lo cual se han transformado radicalmente la famosa faz de España y su paisaje. Recuerdo que al recorrer en coche La Mancha allá por el año 1978 el paisaje alrededor de Cinco Casas (donde Azorín bajó del tren), gracias al regadío se había convertido en centro de producción remolachera. Se ve que la gente ya no está dominada por aquel paisaje tan abrumador del 98, y a veces ni le hacen caso, tal

¹² Donald L. Shaw señala que esto sigue a Ganivet, *The Generation of 1898 in Spain*, Londres: Benn, 1975, pág. 171; *vid.* también Abellán, *op. cit.*, págs. 175-76.

¹³ «La Andalucía trágica», recogido en *Los pueblos* (1905). Shaw dice: «*Los pueblos* illustrates what politically biased criticism of Azorín tends to obscure: that in his mature writings he alternated among three different and in fact contradictory standpoints. These are: 'commitment' [...] as in 'La Andalucía trágica' [...] for which he was instantly dismissed from his envied post on *El Imparcial* in 1905; the melancholy detachment of 'El pequeño filósofo [...]'; and nationalist affirmation in varying tones of yearning and confidence», *op. cit.*, pág. 169.

como comprobé viajando en uno de esos autocares que cruzan la llanura como aviones y en el cual yo era el único en contemplar el paisaje porque los demás viajeros miraban absortos una película de extraterrestres, actividad muy en consonancia con pueblos manchegos ya no muertos, sino llenos de tractores, parabólicas y ordenadores. Para Azorín en 1905 la geografía nacional, y con ella el carácter de la nación, debían parecer poco susceptibles de cambiar. Una identidad nacional fija, permanente, eterna, pura, es, era, atractiva para muchos, incluido el mismo Azorín aunque más tarde, como por ejemplo en 1951 cuando reemplazó el irónico epílogo del doctor Dekker con un «Apéndice gazpachero».¹⁴ Pero en sus textos más ricos y sugerentes, como *La ruta*, la observación de la realidad objetiva del país y del paisaje fue sometida a un procedimiento subjetivo de asociaciones que la hacía menos fija, más flexible, cambiante, abierta por la visión literaria a la autocrítica, a la posibilidad de cambio, de imaginar un cambio.

Ahí está el quid de la cuestión. Azorín creía en la validez del concepto de un carácter nacional y para estudiarlo se inspiró en el método asociativo de Taine recurriendo a las impresiones literarias y paisajísticas para suplir y ampliar los datos recogidos más empíricamente. Pero eso de caracteres nacionales ha sido rechazado por los modernos historiadores (o disfrazado bajo la teoría de «mentalidades» y ahora «identidades») por ser un concepto demasiado vago, incluso peligroso, y el uso de la literatura y el paisaje ha reforzado la idea de algo subjetivo, arbitrario, poco científico.¹⁵ Pues bien, creo con Azorín que la psicología de una nación es algo muy importante y mucho más compleja de lo que solía suponerse. Y la falta de un método científico riguroso para estudiarla, lejos de ser censurable, puede ser una virtud, porque a la hora de definir el carácter de una nación quizá sea mejor evitar el rigor y la precisión que pudieran excluir muchas cosas, y a muchas personas. Un método asociativo puede producir una visión más amplia, integradora y sutil, tal como espero haber demostrado en el episodio de la cueva, en el que la fusión y confusión de sujeto y objeto permiten aclarar mucho más que un procedimiento rigurosamente objetivo.¹⁶ Todo depende de la calidad de la mente que haga las asociaciones, que pueden ser arbitrarias, o inteligentemente controladas. Cuando Azorín contempla el paisaje manchego, lleva en la mente la lectura del *Quijote* y otros libros sobre España; y la lección que nos da es una lección de lectura: cómo leer el paisaje, y cómo leer un texto, tanto el escrito como el texto de signos que constituye un país. Para hacerlo es imprescindible informarse bien y observar objetivamente, pero no suficiente: también hay que intuir toda la complejidad de lo que se lee, e integrar

¹⁴ Por ser «inadecuado ya», según informa Martínez Cachero, *op. cit.*, págs. 48-49.

¹⁵ Vid. Nicholas G. Round, «Approaches to the 1898 Generation», *Vida Hispánica*, XXIV, n.º 2 (1976), págs. 5-14.

¹⁶ Vid. Antoine Gavouille, «La philosophie du paysage en Espagne, naissance d'une tradition contemporaine», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXX (3) (1994), págs. 173-220; y Vincent Clément, «Contribution épistémologique à l'étude du paysage», *ibid.*, págs. 221-37.

asociativamente sus distintos y conflictivos aspectos. Por eso he vuelto a enfrentarme con el reto que supone la lectura de *La ruta de don Quijote*, por la red de asociaciones que crea entre paisaje y patria, persona y país, pueblos y pueblo, lógica y analogía, cueva de Montesinos y problema de España, nosotros ahora y el 98.¹⁷

¹⁷ Aunque superado ya el problema de España, sigue vigente el tema del paisaje y la identidad nacional, comp. Simon Schama, *Landscape and Memory*, Londres: Fontana, 1996. Mi primer acercamiento al tema fue una ponencia oral dada en el congreso de Aberdeen de la AHGBI en 1979 titulada «Azorín down the Pit of Despond».